

la Obra de la Santa Infancia en favor de la orfandad desamparada, prosperará en Bogotá como en tantos otros países cristianos que se enorgullecen de poseerla floreciente.

¡Quiera el cielo, almas piadosas, que florezca siempre más esta devoción preciosa, tan calurosamente recomendada por el Vicario de Cristo, tan unánimemente bendecida por el episcopado, y hoy mismo acreditada aquí con la presencia del dignísimo representante de la Santa Sede! Así sea.

SERMONES VARIOS.

SERMÓN DEL SOLEMNE HOMENAJE
Á JESUCRISTO REDENTOR
AL COMENZAR EL SIGLO XX

(predicado en la catedral de Bogotá, 2 de enero de 1901).

La Sociedad cristiana, fruto de la Redención.

Qui dedit semet ipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum.

El cual entregóse á sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad, purificarnos y hacer de nosotros un pueblo consagrado á su servicio, y fervoroso en el bien obrar.

Tit. 2, 14.

Ilustrísimo Señor¹:

1. ¡Hermoso y dulce sentimiento el que nos congrega en tan numerosa muchedumbre, bajo las anchas bóvedas de este augusto templo, para tributar, apenas aboreando el siglo XX, solemne homenaje á Jesucristo Redentor! Pero mal podría hacerlo quien no llegase á comprender lo bastante el profundo significado de la Redención de la humanidad por Cristo; y no lo comprenden ciertamente aquellos que parecen limitarla al orden exterior de los fenómenos de la vida social, verificados á consecuencia del máximo acontecimiento de los siglos, y por efecto de la muerte y resurrección de aquel Jesús que se ha llamado Cristo². La Redención, hermanos míos, significa otra cosa, mucho más grande

¹ El Ilmo. Capítulo de la Iglesia metropolitana.

² Iesus, qui vocatur Christus (Matth. 1, 16).

é importante, sábenlo bien todos los fieles: significa la salvación de las almas ó su libertad de la esclavitud de la muerte eterna y del pecado: tal es su verdadero y primordial carácter, esencialmente divino y de orden sobrenatural. Así nos lo enseña el Apóstol San Pablo escribiendo á Tito, y la Iglesia nos lo recuerda en la Misa de la octava de la Natividad, por las palabras de mi texto: *Entregóse (el Salvador) á sí mismo por nosotros, con el fin de redimirnos de toda iniquidad. Entregóse, en verdad, á la muerte, y diósenos también de mil maneras, como compañero de peregrinación, como alimento en el Sacramento, como precio de nuestro rescate, y darásenos, finalmente, en premio, como canta la Iglesia agradecida*¹, y todo para efectuar y consumir la obra magna de nuestra redención, cuyo fruto principal habrá de cosecharse en el cielo. Esto mismo claramente nos enseñan en cien pasajes las Divinas Letras, no siendo otra la doctrina de los Padres y Doctores². El fin de la Redención es el reino de Dios, según cantan y cantarán eternamente los bienaventurados ante el trono del Cordero: Redimístenos, Señor, con tu sangre, é hicístenos un reino para nuestro Dios, y reinaremos...³ ¡Dichoso reinado que se establecerá definitiva y eternamente en el cielo⁴, no existiendo sobre la tierra sino de un modo imperfecto y pasajero! ¡Oh, y qué glorioso es el reino en donde con Cristo viven y reinan todos los santos, que, revestidos de blancas estolas, van siguiendo por todas partes al Cordero!⁵

¹ Se nascens dedit socium etc. (Eccl. in off. SS. Sacram.).

² Col. 1, 14. Eph. 1, 7. Hebr. 9, 12. etc.

³ Apoc. 5, 9. 10.

⁴ Ps. 144, 13. Luc. 1, 33.

⁵ Eccl. in fest. Omnium Sanctorum.

2. Pero, aunque esto sea así verdad, carísimos oyentes, no lo es menos, pues es un hecho que salta á la vista del más ciego, que la obra divina de la Redención de Cristo ha tenido una inmensa resonancia en el mundo exterior, brillando con magníficos destellos aun fuera de las almas, regenerando y renovando la faz de la tierra, esto es, las humanas sociedades. ¿Quién no ve trazada en el Calvario la línea divisoria que separa los tiempos antiguos y modernos desde el punto de vista política y social? La razón es porque Cristo, como dice el Apóstol, se entregó por nosotros, no sólo para librarnos de la iniquidad, sino también para formarse un pueblo propio, una sociedad nueva, agradable á sus ojos, *...ut mundaret sibi populum acceptabilem*, caracterizada por la pureza de las costumbres y la práctica de todo género de buenas obras: *sectatorem bonorum operum*¹. Y que tal haya sido, no obstante los defectos inseparables de la humana naturaleza, el pueblo cristiano, la cristiandad, que llamaban nuestros mayores, atestigüalo en alta voz la Historia, proclámalo aun hoy día con evidencia irrecusable la enorme diferencia que media entre la sociedad que sigue la bandera de Cristo y las naciones no iluminadas por la luz del evangelio. Y he aquí por qué, al clarear el nuevo siglo, vigésimo de la era cristiana, no sólo la sociedad sobrenatural de las almas, sino la misma sociedad civil de orden natural, pero elevada por Cristo á una altura moral antes no vista, se afana por tributar reconocida el homenaje más solemne que le es posible al divino Redentor. Y es porque comprende que lo más grande y noble que posee, y lo que más la realza y ennoblece, no es ese

¹ Tit. 1. c.

tinte de cultura material, ese barniz de civilización que también puede cubrir la barbarie, sino ese carácter de belleza moral, esa alteza de miras y rectitud de costumbres que tanto la elevan sobre la antigua sociedad pagana y las modernas sociedades no cristianas. Y ¿á quién es deudora de ese glorioso carácter sino al nuevo Adán, al Redentor?

He aquí, carísimos oyentes, el aspecto de la Redención que he escogido para ofrecerlo á nuestra consideración esta tarde, no ciertamente porque sea en sí el primero y más interesante, sino porque su importancia puede herir más vivamente á ciertos espíritus, inclinándolos de todos modos á tributar homenaje á Jesucristo. Mi designio se reduce á mostraros, con la brevedad acostumbrada, que la sociedad política cristiana es fruto, y fruto exquisito, del árbol de la Redención: Cristo lo produjo y la Iglesia lo guarda y distribuye. — Imploramos, etc.

I.

3. El gran Doctor de las Naciones nos enseñará de qué manera la gracia de Dios Salvador nuestro, ha infundido el nuevo espíritu que ennoblece la humana sociedad de aquende del Calvario. Tres bases firmísimas son las únicas capaces de sostener el edificio de la moralidad pública, ornamento y decoro de la sociedad cristiana; y todas ellas las ha asentado y las sustenta con su virtud divina el Redentor. La religión verdadera, practicada por la generalidad de los hombres; la fe en los destinos eternos, y la consiguiente aspiración al goce de bienes celestiales; finalmente, la justicia en todas sus ramas, ó, más bien, su espíritu hondamente arraigado en la conciencia pública; en resumen, religión, creencias y costumbres, tales son los elementos constitutivos de la

moral social, ó, lo que tanto vale, del verdadero progreso y civilización de las naciones. Pues ved aquí lo que hizo el Salvador: vino á adoctrinar á todos los hombres, á fin de que, *abnegantes impietatem*, esto es, profesando la verdadera religión y desasiéndose de las codicias terrenales, *et sæcularia desideria*, viviesen en la justicia, *iuste vivamus in hoc sæculo*, practicando la templanza y todas las virtudes, que esto lleva consigo la sólida piedad, sin perder jamás de vista el día del final advenimiento del Señor¹. No se necesita más para fundar sobre verdaderas bases aquella sociedad que tiene por blanco la felicidad de la vida presente. Pero tampoco se necesita menos.

4. En efecto, ¿cómo podría, no digo florecer, pero ni subsistir siquiera una sociedad sin religión? Tema es éste demasiado dilucidado hasta por los mismos filósofos paganos y por los modernos sofistas, para que sea menester detenernos en su exposición. Una sociedad de ateos sería tan imposible como la de fieras². Y, dado que existiese, ¿qué sería allí del orden moral? Porque éste se afianza necesariamente en el orden esencial de la criatura inteligente con respecto al Criador, ó sea en la existencia y atributos de Dios, reconocidos por el hombre. Si no hubiese un Dios, soberano legislador, remunerador del bien y castigador del mal, no existiría ley, digna de este nombre, porque no habría tampoco obligación, ni deber, ni responsabilidad. El hombre podría seguir los dictámenes de su razón ó dejarse arrastrar de las inclinaciones de su naturaleza

¹ Tit. 2, 12.

² «Si el mundo estuviese gobernado por ateos, sería para nosotros lo mismo que estar bajo el imperio inmediato de los demonios» (Voltaire, cit. por *Perujo*, Manual del Apologista).

depravada, sin tener que dar cuenta á nadie de sus actos: ¿sería eso ley moral? ¿sería posible guardar el orden en la sociedad? El ateo, por confesión de los mismos incrédulos, no puede tener más freno para contener sus pasiones que el temor servil de las leyes humanas. El ateo, dice un incrédulo famoso¹, si es astuto, ingrato, calumniador, inquieto, sanguinario, discurre y obra según estas disposiciones, siempre que está seguro de la impunidad de parte de los hombres. . . . Así es que la irreligión conduce á todos los delitos entre las agitaciones y turbulencias de la vida pública. De donde concluye el mismo la necesidad absoluta de que la idea de un ser supremo, criador, gobernador y remunerador, esté profundamente impresa en los ánimos; y que es preferible estar sujeto á todas las supersticiones posibles, á vivir sin religión. Así habla, de acuerdo con la razón, el simple sentido común. Y nada vale, católicos oyentes, todo aquel aparato, y nada más que aparato, de moral universal y moral independiente, inventado por los racionalistas para suplantar, si posible fuera, la influencia de la religión. Porque bastan sencillas reflexiones, al alcance de todos los espíritus, para hacer palpable la vanidad y ninguna substancia de semejantes sistemas, que en los mismos términos llevan la contradicción. La brevedad no me permite insistir en este punto.

5. Mas no basta á la sociedad tener una religión cualquiera; es preciso tener y profesar la verdadera, que, á la vez que excluye la impiedad, proscribela falsificaciones de la religión, la idolatría y todo género de supersticiones. Porque, si grandes males acarrea la impiedad, ¿quién dirá los que han causado en el mundo

¹ Voltaire, op. cit.

las falsas religiones? ¿Por qué sino por ellas yacen sumidos tantos pueblos en la obscuridad de la barbarie? ¿Qué han hecho por la civilización el fetiquismo, el politeísmo, las absurdas doctrinas de Confucio y de Mahoma? Saludemos, pues, con la efusión del más vivo entusiasmo, al Sol que alumbra al mundo de las almas diez y nueve siglos hace, desde las risueñas colinas de Belén, enseñando á los hombres á adorar á Dios en espíritu y en verdad¹. Jesucristo, pues, ha fundado la verdadera adoración del verdadero Dios, del Dios uno y trino, la religión del tiempo y de la eternidad: *Ésta es la vida eterna, que te conozcan á ti solo, verdadero Dios, y al que enviaste, Jesucristo*². *He dado á conocer á los hombres tu nombre, dejo ya concluida la obra que me encomendaste*³. ¡Oh! y ¡qué ideas tan justas, y qué conceptos tan sublimes de la Divinidad nos hizo formar el Unigénito que está siempre en el seno del Padre⁴! ¡Qué sentimientos nos inspiró con sus discursos y ejemplos el divino Maestro! Leed los Evangelios, escuchad sus sermones, penetrad en el sentido admirable de aquellas parábolas: ¡qué revelación en cada una de ellas, de los atributos y perfecciones del Criador! ¡qué oración aquella que fluyó de sus labios divinos: «Padre nuestro que estás en los cielos»! ¡Cómo se eleva en sus alas de fuego nuestro corazón! Y observad, cristianos, cómo dilata el Redentor hasta lo infinito las fronteras del reino de Dios, tan estrecho hasta aquella época; cómo llama á su conocimiento, amor y culto á todos los pueblos y naciones, á los hombres de todos los siglos. *Id*, les dice á sus Apóstoles, *por todo*

¹ Io. 4, 23.

² Io. 17, 3.

³ Ibid. vers. 4 y 6.

⁴ Io. 1, 18.

*el universo y predicad el evangelio á toda criatura racional*¹.

6. Esa religión divina, única verdadera, profesada y practicada en masa por todos los miembros de la sociedad, es la que ha engendrado, con las virtudes sociales, esa moral pública, ese respeto al derecho, ese carácter, en fin, de civilidad y cultura de que tanto, y con razón, se ufanan los pueblos cristianos. Porque ella ha creado los dos elementos necesarios para el orden y progreso de toda humana sociedad, como son autoridad y obediencia, que una y otra dimanán, como de su fuente, del espíritu del cristianismo. Fuera de él la autoridad civil no tarda en degenerar en tiranía; y la obediencia se torna en oprobioso servilismo, que á su vez estalla en turbulenta rebelión. Modelo incomparable de las virtudes que deben adornar al ciudadano, aun en sociedades mal organizadas, ofrecieron al mundo los fieles de la primitiva Iglesia, aleccionados por la voz de los Apóstoles, mejor dicho, por la doctrina de Cristo. ¡Qué lecciones las que daba San Pablo á su discípulo Tito, y por medio de él á los cretenses! *Adviérteles*, dice, *que deben vivir sumisos á los príncipes y autoridades, obedecer á sus mandatos, á nadie injuriar, estar dispuestos á toda buena obra, no ser rencillosos, sino modestos y llenos de mansedumbre con todos*². ¡Qué cuadro tan brillante de virtudes sociales el que pinta magistralmente el Príncipe de los Apóstoles en su primera carta! *Sujetaos á toda humana criatura por Dios, ya sea al rey, ya á los jefes subalternos, porque tal es la voluntad de Dios... Obrad como verdaderamente libres, no como quien se vale de la libertad para en-*

¹ Matth. 28, 20.

² Tit. 3, 1. 2.

*cubrir maldades, mas como siervos de Dios. Honrad y haced bien á todo el mundo, amaos como hermanos, temed á Dios, rendid tributo al soberano*¹. ¿Quién no ve la importancia de estas lecciones en orden al bienestar social? Y ¿quién podrá negar que ellas toman su vigor de la fe de Cristo Salvador, como fruto natural de la vocación cristiana? pues añade San Pedro: *Mirad que á esto habéis sido llamados, á seguir las huellas de Cristo, que padeció para daros ejemplo*². Y, finalmente, ¿en fuerza de qué principio se practicaron entonces y se han practicado después esas virtudes, sino de la gracia del Espíritu Santo derramado en nosotros copiosamente por Jesucristo nuestro Salvador³?

7. Mas, para esto era preciso que supiese el hombre renunciar á los deseos del siglo: *abnegantes sæcularia desideria*; esto es, suspirar por los bienes eternos, ambicionar aquella bienaventuranza cuya expectación se apoya en la fe de la vida inmortal y gloriosa, á la llegada del día de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador⁴. Y ¿quién sino el mismo Salvador era capaz de infundir al hombre carnal y terreno esas aspiraciones celestiales, tan superiores á los instintos de la naturaleza? Infundiólas, en efecto, y el resultado fué la aparición de esa noble sociedad cristiana, de esa sociedad de elevadas miras y acciones heroicas á millares, de esa sociedad en que, como en terreno apropiado y fértil, florecen las grandes virtudes cívicas, y se combate á la vez contra los enemigos exteriores é interiores, contra la fuerza y las pasiones bastardas. ¡Oh! ¡cuánto debe por esta parte la sociedad á Jesucristo! Sin su espíritu no queda

¹ 1 Petr. 2, 13 sqq.

² Ibid. vers. 21.

³ Tit. 3, 6.

⁴ Tit. 2, 13.